# CUERPOS SEXUADOS

ANNE FAUSTO-STERLING

melusina

# Cuerpos sexuados

## *La política de género y la construcción de la sexualidad*

Anne Fausto-Sterling

TRADUCCIÓN DE AMBROSIO GARCÍA LEAL

melusina

Título original: *Sexing the Body. Gender politics and the construction of sexuality.*


Madrazo 115, 3°-1ª
08021 Barcelona

www.melusina.com

Diseño gráfico: David Garriga

Ilustración de cubierta: Mamad Mossadegh / Photonica

Primera edición

cultura Libre



Fotocomposición: Víctor Igual, S.L.
Impresión: A&M Gràphic, S.L.

ISBN-13: 978-84-96614-03-1
ISBN-10: 84-96614-03-4
Depósito legal: B-26989-2006

*Impreso en España*

*Para la siempre deliciosa y estimulante Paula,*
*ánimo de mi corazón y mi mente.*

# Contenido

*Prefacio* 11
*Agradecimientos* 13

1. Duelo a los dualismos *15*

2. «Aquel sexo que prevaleciere» *47*

3. Sobre géneros y genitales: Uso y abuso del intersexual moderno *65*

4. ¿Por qué debería haber sólo dos sexos? *103*

5. El cerebro sexuado: De cómo los biólogos establecen diferencias *143*

6. Glándulas, hormonas sexuales y química de género *179*

7. ¿Existen realmente las hormonas sexuales? (El género se traslada a la química) *207*

8. La fábula del roedor *235*

9. Sistemas de género: Hacia una teoría de la sexualidad humana *279*

*Notas* 305
*Bibliografía* 437
*Índice de materias* 507

tivos y activacionales, sino también la línea divisoria entre los comportamientos llamados biológicos y los de origen social.

Los seres humanos aprenden, y están muy orgullosos de ello. Se dice que somos los animales más mentalmente complejos de todos (sin ofender a los grandes monos, que podrían llevarnos la contraria si pudieran hablar). Parece irónico, pues, que nuestras explicaciones más notorias e influyentes del desarrollo de las conductas sexuales en los mamíferos avanzados omitan el aprendizaje y la experiencia. Puesto que el control de la síntesis hormonal difiere en primates y roedores,[181] se puede objetar que los estudios de la base hormonal del comportamiento sexual en otros grupos de mamíferos nos dicen poco o nada de los primates, humanos incluidos.[182] Antes de considerar en el capítulo final las teorías de la sexualidad humana, quisiera ir aún más lejos y afirmar que las teorías derivadas de la experimentación con roedores son inadecuadas incluso para los roedores.

# 9

# Sistemas de género: Hacía una teoría de la sexualidad humana

## Retrato infantil de una científica

Consideremos una niña nacida en el verano de 1944, que más tarde se convertiría en científica. ¿Acaso el retrato que se muestra en la figura 9.1, con dos años de edad, donde sostiene un tubo de ensayo que mira al trasluz y en la otra mano una taza medidora, es la expresión temprana de una inclinación innata a medir y analizar, de unos genes que la condujeron por el camino de la investigación de laboratorio? ¿O es el testimonio de la determinación de su madre feminista en proporcionar juguetes no tradicionales a su hija pequeña? Su madre se dedicaba a escribir libros de historia natural para niños, y tanto ella como su hermano (que también se hizo científico) aprendieron a reconocer musgos, helechos, setas y madrigueras de insectos en sus paseos por el bosque.[1] Cuando estaba en la escuela universitaria, su padre escribió una biografía de Rachel Carson.[2] ¿Genes científicos o entorno? Cada interpretación admite un argumento lógico, y no hay manera de demostrar cuál es la correcta.[3]

Muchos, tras examinar la trayectoria vital de esta jovencita, dirían que el género no está lejos de la superficie. Su interés precoz por las ranas y las serpientes la señalaba como un marimacho, una etiqueta que algunos sociólogos interpretan hoy como un signo temprano de masculinidad impropia.[4] Cuando tenía once años, sus amigos en las colonias de verano escribieron su epitafio: «En memoria de Anne, que prefería los bichos antes que los chicos» (quizá barruntando una homosexualidad futura). Pero aquel mismo verano perdió la chaveta por un joven monitor, y a los veintidós años se casó por amor y deseo. Sólo años después aquel epitafio se volvería profético.

Aquella niña desdeñaba las muñecas, tenía serpientes y ranas como mascotas, y creció con apegos heterosexuales que más tarde se tornaron



FIGURA 9.1: ¿Una científica en ciernes? (Fuente: Philip Sterling)



homosexuales. ¿Cómo debemos interpretar su vida, o cualquier vida? Especular sobre genes para la personalidad analítica o la homosexualidad puede ser un buen tema de tertulia o proporcionar solaz a quienes necesitan explicar por qué alguien se volvió «así». Pero separar los genes del entorno, la naturaleza de la crianza, es un callejón científico sin salida, un modo inadecuado de pensar en el desarrollo humano. En vez de eso, deberíamos prestar atención a los filósofos John Dewey y Arthur Bentley, que hace medio siglo reivindicaron «la licitud de contemplar juntas ... muchas cosas de las que convencionalmente se habla como si estuvieran compuestas de esferas irreconciliables».[5]

En este libro he mostrado de qué manera el conocimiento médico y científico de la anatomía y la fisiología adquiere género. He ido de fuera (el género genital) a dentro, desde el cerebro a la química corporal y, por último, algo bastante intangible: el comportamiento (de los roedores). Pues bien, resulta que no podemos entender la fisiología del comportamiento subyacente sin considerar la historia social y el entorno del animal. Como si de una banda de Möbius se tratara, cuando nuestro análisis descendía al nivel de la química y, por implicación, los genes (esto es, cuando llegábamos al interior más profundo de nuestro viaje) de pronto teníamos que considerar los factores más externos de todos: la historia social del animal, y la arquitectura del aparato experimental. ¿Por qué ciertas cepas respondían a estímulos hormonales sólo en ciertas condiciones? Y si la cuestión motriz en la superficie externa de la banda de Möbius es cómo adquiere género el conocimiento del cuerpo, en la superficie interna es cómo se convierten el género y la sexualidad en hechos somáticos. En suma, ¿cómo se convierte lo social en material? Responder a esta pregunta requeriría otro libro, así que en este capítulo final me limitaré a ofrecer un marco para la investigación futura.

Los estudios del proceso de materialización del género deben basarse en tres principios. Primero: el binomio naturaleza/crianza es indivisible. Segundo: los organismos (humanos o no) son procesos activos, blancos móviles, desde la concepción hasta la muerte.[6] Tercero: ninguna disciplina académica o clínica sola puede proporcionarnos una manera infalible o mejor que ninguna otra de entender la sexualidad humana. Las intuiciones de muchos, desde las pensadoras feministas hasta los biólogos moleculares, son esenciales para la comprensión de la naturaleza social de la función fisiológica.

## ¿Somos nuestros genes?

Vivimos en un mundo genocéntrico.[7] Nuestros procesos mentales están tan imbuidos de la convicción de que somos lo que dictan nuestros genes que parece imposible pensar de otra manera. Concebimos nuestros genes como una plantilla para el desarrollo, información lineal que no hay más que extraer del libro de la vida. Vamos a ver películas cuya premisa principal es que todo lo que necesitamos para crear un *Tyrannosaurus rex* es una secuencia de ADN aislada a partir de un mosquito fosilizado (el detalle, explícito en *Parque Jurásico*, de que el material genético necesitaba de un huevo para generar un tiranosaurio se pierde en el enredo).[8] Y casi a diario oímos en las noticias que la secuenciación del genoma humano nos ha permitido identificar los genes del cáncer de mama, la diabetes, la enfermedad de Parkinson y más. Los estudiosos de la genética humana pueden hacer el resto y «descubrir» genes para el alcoholismo, la timidez y, sí, la homosexualidad.[9]

Aunque los científicos se muestren remisos a otorgar al gen plenos poderes, las presentaciones populares de los nuevos hallazgos prescinden de la sutileza lingüística. Por ejemplo, cuando Dean Hamer y colaboradores señalaron que los varones homosexuales compartían una secuencia de ADN particular localizada en el cromosoma X, se expresaron con bastante cautela. Frases como «el papel de la genética en la orientación sexual masculina» o «un locus relacionado con la orientación sexual» abundan en el artículo.[10] Sin embargo, esta cautela se echa en falta en otras páginas del mismo número de *Science*, la revista que publicó los resultados del grupo de Hamer. En la sección de noticias científicas, el titular rezaba así: «Evidencia de un gen de la homosexualidad: Un análisis genético ... ha revelado una región del cromosoma X que parece contener un gen o genes de la homosexualidad».[11] Dos años más tarde, la cobertura informativa en un medio más popular, *The Providence Journal*, incluía en la misma página titulares que hacían referencia al «gen gay» y la búsqueda del «gen de la esquizofrenia».[12]

¿Pero qué sentido tiene hablar de genes gays o genes para alguna otra conducta compleja? ¿Aportan algo tales afirmaciones, o el discurso más circunspecto de Hamer y colaboradores, a nuestra comprensión de la sexualidad humana? Pienso que este discurso no sólo no arroja luz sobre los temas en cuestión, sino que provoca cataratas intelectuales.[13]

Un breve repaso de la fisiología génica básica demuestra por qué: la función génica sólo puede comprenderse en el contexto de ese sistema



ontogénico que llamamos célula. La mayoría de la información contenida en las secuencias proteicas de una célula puede encontrarse en el ADN del núcleo celular. El ADN mismo es una gran molécula compuesta de unidades enlazadas llamadas bases.[14] La información genética no es una línea continua en la molécula de ADN. Un tramo que codifica parte de una proteína (un *exón*) puede estar junto a una región no codificadora (un *intrón*). Antes de que la información genética pueda usarse para sintetizar proteínas, la célula debe producir un molde de ARN de la región del ADN que contiene la información requerida. Luego entran en acción enzimas que cortan los intrones y pegan los exones para obtener la secuencia lineal que sirve de plantilla para una proteína específica. La síntesis de la proteína requiere además la actividad coordinada de moléculas de ARN especiales y numerosas proteínas diferentes.

Para abreviar, decimos que los genes producen proteínas; pero es precisamente esta abreviatura lo que crea problemas. El ADN desnudo no puede producir proteínas. Necesita de muchas otras moléculas (en particular los ARN de transferencia encargados de transportar cada aminoácido al ribosoma y fijarlo, como un torno, de manera que otras enzimas puedan soldarlo al eslabón previo de la cadena en construcción). Otras proteínas llevan el mensaje genético del núcleo al citoplasma, desenrollan el ADN para que otras moléculas puedan interpretar su mensaje en primera instancia y cortar y componer la plantilla de ARN. En suma, los productos génicos no son obra de los genes. Póngase ADN puro en un tubo de ensayo y se quedará ahí, inerte, por los siglos de los siglos. Póngase ADN en una célula y hará de todo, dependiendo en gran medida del presente y el pasado de la célula en cuestión.[15] Es decir, la acción, o inacción, de un gen depende del microcosmos en el que se encuentra.[16] Nuevas investigaciones sugieren que en una célula activada pueden expresarse hasta 8000 genes, lo que ilustra lo complejo que puede ser dicho microcosmos.[17]

Parafraseando al filósofo Alfred North Whitehead, diríamos que el desarrollo es un blanco móvil. Cada estadio del organismo que se desarrolla a partir de una sola célula huevo fecundada se construye sobre el anterior. A modo de analogía, consideremos el desarrollo de un bosque en un terreno abandonado. Al principio aparecen plantas anuales, gramíneas y arbustos leñosos; al cabo de unos años comienzan a verse algunos cedros, sauces y espinos, además de acacias. Estos árboles necesitan plena luz para crecer, de manera que al aumentar de tamaño su propia sombra impide que sus retoños salgan adelante. Pero el álamo blanco es capaz de prosperar en las condiciones creadas por los cedros y

sus acompañantes. Al final, los álamos y otros árboles crean un sotobosque fresco y cubierto de hojarasca en el que pueden prosperar los retoños de abetos, píceas, arces rojos y robles. Éstos crean, a su vez, condiciones para el crecimiento de hayas y arces azucareros; y estos nuevos árboles crean, a su vez, un microclima en el que prosperan sus propios retoños, con lo que se desarrolla una constelación estable de árboles llamada comunidad clímax. La regularidad de tal sucesión no es resultado de ningún programa ecológico en los genes de cedros, espinos y sauces, sino que «surge a través de una cascada histórica de interacciones estocásticas [procesos aleatorios que pueden estudiarse estadísticamente] entre diversos» organismos vivos.[18]

La obra de M.C. Escher ofrece una analogía útil. A principios de los cuarenta realizó una serie de grabados concebidos para dividir el plano en figuras encajadas. Dos propiedades de estas imágenes nos ayudan a ver cómo se aplica la teoría de los sistemas ontogénicos a las células y el desarrollo (figura 9.2). Si miramos la imagen, primero saltan a la vista las aves, y luego los peces. Ambos patrones están siempre ahí, pero nuestro foco de atención pasa de uno a otro. En segundo lugar, cada trazo delinea simultáneamente el contorno de un ave y de un pez. Si Escher modificara la forma del ave, el pez también cambiaría de forma. Lo mismo ocurre con una interpretación sistémica de la fisiología celular. Los genes (o las células, o los organismos) y el entorno son como el pez y el ave. Si cambia uno, cambia el otro. Si se mira uno, se ve el otro.

## La célula socializada

*Neuronas y cerebros*

Así pues, los genes son parte de una célula compleja con una historia propia. Las células, a su vez, funcionan como grupos íntimamente conectados que constituyen órganos coherentes en un cuerpo integrado y funcionalmente complejo. Sólo a este nivel, contemplando las células y los órganos dentro del cuerpo, podemos comenzar a atisbar cómo se incorporan los eventos externos a nuestra propia carne.

A principios del siglo XX, en la provincia india de Bengala, el reverendo J.A. Singh «rescató» a dos niñas (que llamó Amala y Kamala) que se habían criado desde la infancia en el seno de una manada de lobos.[19] Las dos niñas podían correr más deprisa a cuatro patas que muchas personas sobre dos piernas. Tenían hábitos nocturnos, ansiaban comer car-



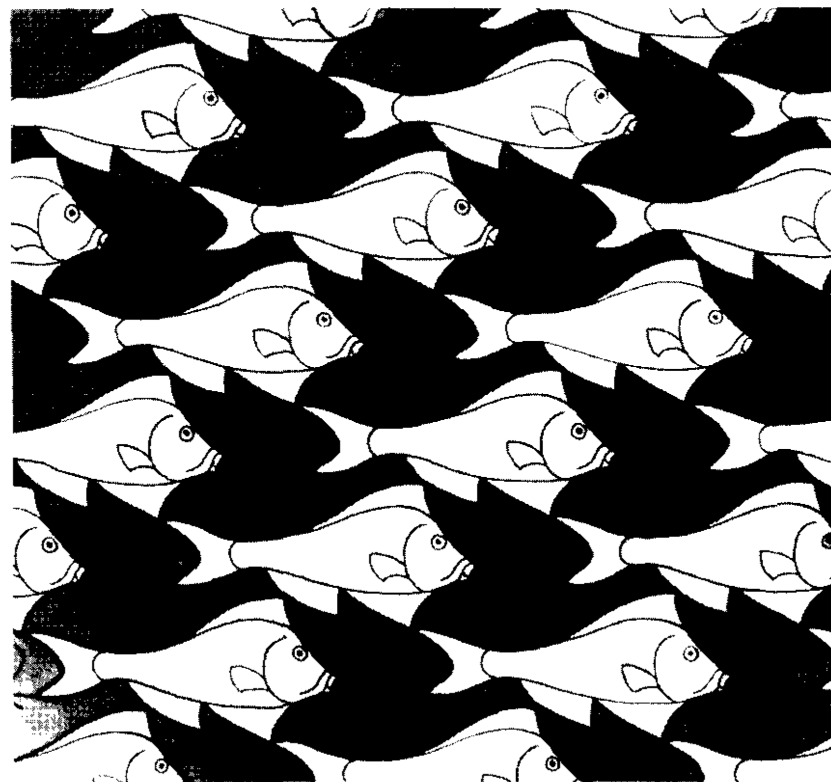


FIGURA 9.2: Dibujo E34B, de M.C. Escher. (© Cordon Art, reimpreso con permiso)

ne cruda y carroña, y se comunicaban tan bien con los perros a la hora de comer que éstos les permitían compartir su pitanza. Está claro que los cuerpos de estas niñas, desde su estructura esquelética hasta su sistema nervioso, habían sufrido una profunda modificación al desarrollarse entre animales no humanos.

Los casos de niños salvajes ilustran dramáticamente lo que los neurólogos han tenido cada vez más claro, especialmente en los últimos veinte años: los cerebros y los sistemas nerviosos tienen plasticidad. Su anatomía general (así como las conexiones físicas menos visibles entre neuronas, células diana y el cerebro) no sólo cambia después del nacimiento, sino incluso en la edad adulta. Recientemente, hasta el dogma de que en el cerebro adulto no hay renovación celular ha seguido el camino del dodo.[20] Esta modificación anatómica se deriva a menudo de la

respuesta a, y la incorporación de, experiencias y mensajes externos por parte del sistema nervioso.

Los ejemplos de cambio físico en el sistema nervioso derivado de una interacción social son abundantes.[21] Dos grupos de estudios parecen especialmente relevantes para la comprensión de la sexualidad humana. Uno concierne al desarrollo y la plasticidad de las neuronas y sus interconexiones en los sistemas nerviosos central y periférico.[22] El otro se ocupa de los cambios en los receptores neuronales que pueden enlazarse a neurotransmisores como la serotonina y hormonas esteroides como los estrógenos y andrógenos que, a su vez, pueden activar la maquinaria de la síntesis de proteínas de un grupo de células concreto.[23] Estos ejemplos evidencian que el sistema nervioso y el comportamiento se desarrollan como parte de un sistema social.

A veces los científicos perturban tales sistemas interfiriendo la función génica de uno u otro componente. Analíticamente, esto se parece a quitar una bujía para ver qué efecto tiene esta interferencia en el funcionamiento de un motor de combustión interna. Por ejemplo, los científicos han creado ratones sin el gen que codifica los receptores de la serotonina y han observado la distorsión de su conducta.[24] Pero, aunque estos experimentos proporcionan una información importante sobre el funcionamiento de las células y su intercomunicación, no pueden explicar el desarrollo de conductas particulares en escenarios sociales particulares.[25]

¿Cómo puede afectar la experiencia social a la neurofisiología del género? El neurobiólogo comparativo G. Ehret y colaboradores ofrecen un ejemplo en su estudio del comportamiento paternal de los ratones. Los machos que nunca han tenido contacto previo con crías se desentienden de ellas cuando se alejan demasiado del nido, pero basta un día, o incluso menos, en compañía de crías para despertar el reflejo paternal de devolverlas al nido. Ehret y colaboradores encontraron que la exposición temprana a la presencia de crías se correlacionaba con un incremento de la recepción de estrógeno en ciertas áreas cerebrales y un decremento en otras.[26] En otras palabras, parece ser que la experiencia de la paternidad modifica la fisiología hormonal del cerebro masculino y la aptitud paterna.

El hecho de que los cerebros humanos también sean plásticos, una idea que ha comenzado a introducirse en los medios de comunicación de masas,[27] permite imaginar mecanismos por los que la experiencia podría convertirse en género somático. Ciertas señales del entorno estimulan la proliferación de neuronas o el establecimiento de nuevas conexiones entre ellas.[28] El cerebro de un recién nacido es bastante incompleto. Muchas de las conexiones entre neuronas y otras partes del cuerpo son provisionales, y requieren un mínimo de estimulación externa para hacerse permanentes. En algunas regiones cerebrales, las conexiones neuronales en desuso se deshacen en los primeros doce años de vida.[29] Así pues, la experiencia física y cognitiva temprana conforma la estructura cerebral.[30] Incluso los movimientos musculares prenatales tienen un papel en el desarrollo cerebral.



Una manera que tiene el cerebro de «consolidar» conexiones neuronales es revestir las fibras nerviosas individuales con una vaina de materia grasa, llamada mielina. El cerebro de un bebé humano está sólo parcialmente mielinizado. Aunque la mielinización principal tiene lugar durante la primera década de vida, el cerebro no queda del todo fijado ni siquiera entonces. El incremento de la mielinización se multiplica por dos entre la primera y la segunda décadas de vida, y hay otro incremento adicional del 60 por ciento entre los cuarenta y los sesenta años,[31] lo que da plausibilidad a la idea de que el cuerpo pueda incorporar experiencias ligadas al género durante toda la vida.

Finalmente (al menos para esta discusión),[32] grandes grupos de neuronas pueden modificar su patrón de conectividad (o *arquitectura*, como lo llaman los neurólogos). Durante años, los neuroanatomistas han llevado a cabo experimentos para averiguar qué segmento del cerebro responde cuando se estimula una parte externa del cuerpo. Si se toca la cara se disparan ciertas neuronas corticales, si se toca la mano o los dedos responden otras, y si se tocan los pies es otro grupo de neuronas el que se activa. Los libros de texto suelen representar tales experimentos mediante un cuerpo deforme (llamado *homúnculo*) superpuesto al córtex cerebral. Los científicos pensaban que, tras la primera infancia, la forma del homúnculo ya no cambiaba. Pero los resultados de una serie de experimentos han modificado radicalmente este punto de vista.[33]

Un estudio reciente compara la representación del córtex cerebral de los dedos de la mano izquierda de músicos que tocan instrumentos de cuerda con controles de la misma edad y sexo sin experiencia con esta clase de instrumentos. Los instrumentistas de cuerda mueven constantemente los dedos segundo a quinto de la mano izquierda. En el homúnculo, estos dedos de la mano izquierda son visiblemente mayores que los de los controles, y los de sus propias manos derechas.[34] O considérense las personas ciegas desde la infancia que han aprendido a leer en Braille.[35] Como era de esperar, la representación de los dedos que emplean para leer aparece agrandada. Pero sus cerebros se han reajustado de

manera más sorprendente: han reclutado una región del córtex normalmente dedicada a procesar la información visual (el llamado córtex visual) para procesar las sensaciones táctiles.[36]

Tanto en los músicos como en los ciegos de nacimiento, la reorganización cortical probablemente tiene lugar en la infancia, un hecho que confirma algo que ya sabemos: los niños tienen una enorme capacidad de aprendizaje. Pero estos estudios amplían nuestras ideas sobre el aprendizaje al mostrar que las conexiones anatómicas del cerebro responden a influencias externas. Este conocimiento da al traste con el empeño tanto en mantener la distinción entre cuerpo y mente como en presentar al cuerpo como precursor del comportamiento, y justifica la insistencia en que el entorno y el cuerpo son coproductores del comportamiento, así como la inconveniencia de dar prioridad a una componente sobre la otra.[37]

Los estudios de ciegos y músicos evidencian la plasticidad del cerebro juvenil, pero ¿hasta qué punto puede cambiar la anatomía cerebral adulta? La respuesta a esta pregunta nos la da un fenómeno que desde hace tiempo ha fascinado a los estudiosos del cerebro humano, desde los neurocirujanos hasta los fenomenólogos: el misterio del miembro fantasma. A menudo los amputados sienten que el miembro perdido aún sigue ahí. Al principio el miembro fantasmal parece tener la forma del miembro ausente, pero con el tiempo se percibe como más ligero y hueco, y adquiere la capacidad de atravesar objetos sólidos.[38]

Un manco puede «sentir» la mano perdida en respuesta a una ligera estimulación de los labios; y un brazo perdido puede volver a «sentirse» en respuesta a una caricia en la cara, un fenómeno conocido como *sensación referida*. Estudios recientes explican tales sensaciones por el descubrimiento de que la región del córtex otrora dedicada al miembro ausente es «usurpada» por las áreas adyacentes (en el ejemplo, el campo cortical que conecta los estímulos exteriores con la cara). También se registra un agrandamiento de la mano intacta del homúnculo, presumiblemente por su uso incrementado en respuesta a la pérdida de la otra mano.[39] Aunque la reorganización del córtex cerebral probablemente no explica del todo el fenómeno de los miembros fantasmales,[40] proporciona un ejemplo inmejorable de la respuesta de la anatomía cerebral adulta a circunstancias nuevas.[41]

¿Cómo se aplicaría todo esto a la diferenciación sexual y la expresión sexual humana? Las respuestas ofrecidas hasta la fecha han sido insufriblemente vagas, en parte porque hemos estado pensando demasiado en la dimensión individual y demasiado poco en términos de sistemas ontogénicos. Como escribe Paul Arnstein, un técnico sanitario interesado por los vínculos fisiológicos entre el aprendizaje y el dolor crónico, «la verdadera naturaleza del sistema nervioso central ha escapado a los investigadores por su estructura siempre cambiante y plenamente integrada, y su sinfonía de mediadores químicos. Cada sensación, pensamiento, sentimiento, movimiento e interacción social modifica la estructura y función del cerebro. La mera presencia de otro organismo vivo puede tener profundos efectos sobre la mente y el cuerpo».[42] Sólo comenzaremos a comprender cómo se introducen el género y la sexualidad en el cuerpo cuando aprendamos a estudiar la sinfonía y su audiencia a la vez.



## Anatomía sexual y reproducción

Los cambios cerebrales a lo largo de nuestras vidas forman parte de un sistema ontogénico dinámico que incluye desde las neuronas hasta las interacciones interpersonales. En principio, podemos aplicar conceptos similares a las gónadas y los genitales. El desarrollo de la anatomía genital interna y externa comienza en el feto y se continúa en la niñez, afectado por factores como la nutrición, la salud y los accidentes aleatorios. En la pubertad, el sexo anatómico se amplía para incluir no sólo la diferenciación genital, sino los caracteres sexuales secundarios que, a su vez, dependen no sólo de la nutrición y la salud general, sino de la actividad física. Por ejemplo, las mujeres que se entrenan para pruebas de larga distancia pierden grasa corporal, y por debajo de cierta razón grasa/proteína se interrumpe el ciclo menstrual. Así pues, la estructura y la función gonadales responden al ejercicio y la nutrición y, por supuesto, también cambian a lo largo del ciclo vital.

La fisiología sexual no es lo único que cambia con la edad, también lo hace la anatomía. Con esto no quiero decir que un pene se desprenda o un ovario se disuelva, sino que el físico, la función anatómica y la experiencia del propio cuerpo sexual cambian con el tiempo. Por supuesto, tenemos claro que los cuerpos de un bebé, una persona de veinte años y una de ochenta difieren; pero reincidimos en una visión estática del sexo anatómico. Los cambios que tienen lugar a lo largo del ciclo vital se integran en un sistema biocultural en el que células y cultura se construyen mutuamente. Por ejemplo, la competición atlética lleva tanto a los atletas como a un público mayor que intenta emularlos a remodelar sus cuerpos a través de un proceso a la vez na-

tural y artificial. Natural porque la dieta y el ejercicio modifican nuestra fisiología y anatomía. Artificial porque las prácticas culturales nos ayudan a decidir qué aspecto queremos y la mejor manera de conseguirlo. Además, la enfermedad, los accidentes o la cirugía (desde la transformación a que se someten los transexuales completos hasta la gama de procedimientos aplicados a los caracteres sexuales secundarios, que incluyen la reducción o agrandamiento de pechos o el agrandamiento del pene) pueden modificar nuestro sexo anatómico. Solemos pensar en la anatomía como un invariante, pero no lo es; como tampoco lo son aquellos aspectos de la sexualidad humana derivados de nuestra estructura y función corporales, y de la propia imagen ante uno mismo y ante los demás.

La reproducción también cambia a lo largo del ciclo vital. A medida que crecemos, pasamos de un periodo de inmadurez reproductiva a otro en el que es posible la procreación. Podemos tener hijos o no (o ser fértiles o no), y el cuándo y el cómo elegimos hacerlo afectará profundamente a la experiencia. La maternidad a los veinte y a los cuarenta, sea en el marco de una pareja heterosexual o lesbiana, o como madre soltera, no es una experiencia biológica singular. Diferirá emocional y psicológicamente según la edad, la circunstancia social, la salud general y los recursos financieros. El cuerpo y las circunstancias en las que se reproduce no son entidades separables. De nuevo, algo que a menudo contemplamos como estático cambia a lo largo del ciclo vital, y sólo puede comprenderse en términos de un sistema biocultural.[43]

En su libro *Rethinking Innateness*, el psicólogo Jeffrey Elman y coautores se preguntan por qué los animales con una vida social compleja pasan por largos periodos de inmadurez posnatal, lo que parecería representar un gran peligro: «Vulnerabilidad, dependencia, consumo de recursos parentales y sociales ... De todos los primates, los humanos son los que más tardan en madurar».[44] Su respuesta: una ontogenia más larga deja más tiempo al entorno (histórico, cultural y físico) para conformar al organismo en desarrollo. De hecho, el desarrollo en el marco de un sistema social es el *sine qua non* de la complejidad sexual humana. La forma y el comportamiento surgen sólo a través de un sistema ontogénico dinámico. Nuestra psique conecta el exterior con el interior (y viceversa) porque nuestro desarrollo prolongado se integra en un sistema social.[45]



## Gracias al cielo por las niñas (y los niños)

### *El proceso del género*

«Todo este asunto del desarrollo celular, cerebral y orgánico es fascinante», podría replicarme un padre frustrado, «pero todavía quiero saber por qué mi hijo se dedica a correr disparando láseres imaginarios, mientras que mi hija prefiere saltar a la comba». Muchos participantes en Loveweb plantean retos similares, y citan estudios que ponen de manifiesto la aparición temprana de las diferencias sexuales (lo que para ellos es una prueba de su carácter innato). ¿Cómo puedo reconciliar las observaciones de incontables padres con la multitud de estudios publicados por sociólogos y psicólogos evolutivos con un enfoque sistémico de la adquisición del género? Para ello tengo que encajar algunas piezas ya existentes del rompecabezas.

«El género», argumentan algunos sociólogos, «es una consecución localizada ... no un mero atributo individual, sino algo que se consigue en interacción con otros».[46] A través de la retroacción directa, niños y adultos aprenden a «hacer género».[47] Compañeros de clase, padres, maestros y hasta los extraños en la calle evalúan la vestimenta de los niños. Un crío que vista pantalones se ajustará a las normas sociales, mientras que si se pone una falda no lo hará. ¡Y enseguida se dará cuenta! Así pues, el género nunca es meramente individual, sino que implica interacciones entre grupos pequeños de gente. El género involucra reglas institucionales. Si un gay sale a la calle vestido de mujer, pronto aprende que se ha desviado de una norma de género. El mismo hombre en un bar de ambiente recibirá cumplidos si participa de una subcultura que se rige por otras directrices. Además, las marcas de género forman parte del «marcar la diferencia». Establecemos identidades que incluyen la raza y la clase además del género, y marcamos el género de manera diferente según nuestra posición en las jerarquías racial y de clase.[48]

En Norteamérica y Europa, niños y niñas comienzan a comportarse de manera diferente ya en la etapa preescolar. Durante los años escolares se evitan mutuamente, pero cuando llega el infierno hormonal de la pubertad se buscan con fines sexuales y de socialización. Los varones y mujeres adultos viven y trabajan en instituciones solapadas pero divididas por géneros, y en la vejez vuelven a separarse, esta vez por la diferente tasa de mortalidad de unos y otras. Los psicólogos evolutivos, sociólogos y teóricos de sistemas han hecho algunos descubrimientos sugerentes

sobre la manera en que los niños adquieren el género, aunque el resto del ciclo vital sigue siendo un tema de investigación futura.[49]

Tradicionalmente, la psicología ha ofrecido tres enfoques para la comprensión de la adquisición del género: la psicodinámica freudiana, el aprendizaje social y el desarrollo cognitivo. Para Freud, la conciencia infantil de los propios genitales produce fantasías eróticas, que a su vez llevan a la identificación con una figura adulta adecuada y la adquisición de un rol sexual apropiado.[50] Los proponentes del aprendizaje social ponen el énfasis en la conciencia adulta de los genitales infantiles, lo que lleva a un refuerzo diferencial, el ofrecimiento de modelos de género apropiados y la adquisición de un rol y una identidad de género.[51] La teoría cognitiva también parte de la conciencia de los genitales infantiles por los otros. Esto lleva a un encasillamiento del que se deriva la identidad de género y, finalmente, la adquisición de un rol genérico apropiado.[52] Las sociólogas feministas han aplicado todos estos paradigmas para confeccionar modelos del desarrollo de la diferencia sexual. En el pasado una meta primaria fue ofrecer mejores descripciones del desarrollo femenino, ya que en sus formulaciones originales las tres teorías se ocupaban más de cómo los niños se convertían en hombres. Más recientemente, sin embargo, ciertas voces feministas han comenzado a cuestionar la estructura misma de la disciplina, reclamando descripciones más complejas de la diferencia *y* una vuelta al estudio de las similitudes entre ambos sexos.[53] Aquí me baso especialmente en la obra de los teóricos cognitivos y del aprendizaje social. Con independencia del enfoque aplicado, la meta sigue siendo comprender el desarrollo del yo: «La conducta, la experiencia y las identificaciones, incluyendo el deseo sexual y la elección de objeto, [que] son relativamente estables o fijas o que, al menos, ... [son] un "núcleo" básico o primario de identidad».[54]

A menudo el género y la sexualidad se presentan ante nosotros como rasgos universales de la existencia humana. ¿Significa esta universalidad aparente que la sexualidad humana y el género son innatos, y que la experiencia social sólo los moldea superficialmente? Un ejemplo ilustrativo de que ésta no es la manera correcta de plantear la cuestión es el desarrollo de otra conducta humana aparentemente universal: la sonrisa.[55] Los recién nacidos tienen una sonrisa simple: la cara se relaja mientras los lados de la boca se abren y estiran hacia arriba. Se ha observado una «sonrisa» idéntica en fetos de tan solo veintiséis semanas. Esto sugiere que inicialmente se desarrolla un juego básico de conexiones neurales que permite al feto en desarrollo «sonreír» de manera refleja incluso *in utero*. Los recién nacidos sonríen de manera espontánea durante la



fase REM del sueño, reconocible por el rápido movimiento ocular, pero al principio no es un modo de expresión emocional.

A las dos semanas, el bebé comienza a sonreír esporádicamente cuando está despierto, y el gesto recluta otras partes corporales. Los labios se curvan más hacia arriba, «los músculos de las mejillas se contraen, y la piel en torno a los ojos se arruga». Los bebés de tres meses sonríen mucho más a menudo, y lo hacen de manera no aleatoria, en respuesta a estímulos externos. Entre los seis meses y los dos años de edad, la sonrisa se combina con una amplia variedad de expresiones faciales: sorpresa, enojo, entusiasmo. Además, estas expresiones se hacen más complejas y personales. La sonrisa puede ir acompañada de «arrugamientos de nariz, caídas de mandíbula, parpadeos, exhalaciones y levantamientos de cejas que sirven para comunicar estados de ánimo desde el placer hasta la pillería».[56] Así, en un lapso de dos años, la sonrisa cambia de forma (con todo lo que ello implica en términos de reclutamiento de músculos y nervios), tempo y conexiones con otras acciones expresivas. Una sonrisa no es una sonrisa no es una sonrisa (cargándose un poco a Gertrude Stein).

Al mismo tiempo que los músculos y nervios que gobiernan la sonrisa se desarrollan y complican, también lo hacen las funciones y contextos sociales que suscitan la sonrisa. Mientras que en el recién nacido la sonrisa se asocia a la somnolencia y la falta de estímulos sensoriales, pronto los bebés responden con una sonrisa a voces y sonidos familiares, y con menos regularidad a las caricias. Hacia las seis semanas, el bebé sonríe mayormente cuando está despierto, en respuesta a señales visuales. Entre los tres y los seis meses, el bebé sonríe a su madre más que a objetos inanimados, y hacia el primer año de edad «la sonrisa cumple una variedad de funciones comunicativas, incluyendo la intención de engatusar o hacer travesuras».[57] En primera instancia, la sonrisa parece ser un simple acto reflejo, pero con el tiempo cambia de maneras complejas (en términos de los nervios y músculos implicados, pero también de las situaciones sociales que suscitan la sonrisa y su uso por el niño como parte de un sistema de comunicación complejo). Así, una respuesta fisiológica se «socializa» no sólo en términos de intención, sino también en términos de las partes corporales mismas (qué nervios y músculos intervienen y qué los estimula).

Contemplar la sonrisa como un sistema ontogénico nos permite cambiar afirmaciones sin sentido del estilo de «la sonrisa es innata y genética» por estudios experimentales minuciosamente diseñados «que varían sistemáticamente las condiciones ... que ... pueden influir en la

forma, tempo y función de la sonrisa» en diferentes momentos del ciclo vital.[58] El psicólogo Alan Fogel y colaboradores se han basado en sus estudios de la sonrisa para proponer lo que llaman una perspectiva sistémica de la emoción.[59] En primer lugar, argumentan que las emociones son relacionales antes que individuales. Los niños pequeños, por ejemplo, sonríen en respuesta a otras personas o cosas. En segundo lugar, contemplan las emociones como sistemas estables autoorganizados. Pero estabilidad no implica permanencia. Así, la inducción visual de la sonrisa se mantiene estable en los bebés durante tres o cuatro meses, pero luego esta respuesta es reemplazada por un nuevo sistema estable que implica una variedad de interacciones físicas con sus madres o cuidadores.[60]

La investigación en sistemas ontogénicos dinámicos ha tenido poca o ninguna influencia en el estudio del desarrollo sexual humano, pero su aplicabilidad parece obvia. En primer lugar, tenemos que dejar de buscar causas universales del comportamiento sexual y la adquisición del género y aprender más sobre (y de) la diferencia individual. En segundo lugar, tenemos que esforzarnos en estudiar el sexo y el género como partes de un sistema ontogénico. En tercer lugar, tenemos que ser más imaginativos y concretos en lo que respecta al término *entorno*. Ahora mismo pienso que apenas tenemos idea de las componentes externas del desarrollo sexual humano, pero la propuesta de Fogel y otros (que los comportamientos pasan por periodos de inestabilidad, en los que es más factible el cambio, y de estabilidad) es útil.

Pero sí tenemos algunos puntos de partida. Desde mediados de los ochenta, varios grupos de psicólogos evolutivos han planteado dos cuestiones interrelacionadas sobre el género. ¿Qué saben los niños del sexo (las partes corporales) y cuándo lo aprenden? ¿Se correlaciona este conocimiento con las conductas ligadas al género (como las diferencias en los patrones de juego) o las afecta de alguna manera? La respuesta a estas preguntas está comenzando a esbozarse.[61] Los psicólogos han introducido la idea de un esquema o proceso esquemático que permite a los niños aplicar un conocimiento rudimentario para seleccionar juegos, iguales y comportamientos «apropiados». De acuerdo con esta línea de pensamiento, los niños adoptan roles sexuales particulares a medida que integran su propio sentido del yo en su propio esquema de género en desarrollo, un proceso que (como la adquisición de la sonrisa) lleva varios años. Una predicción razonable (y comprobable) es que durante este tiempo ciertas formas de expresión corporal ligadas al género (como puede ser «lanzar como una chica») se estabilizan. Pero (de nuevo como en el caso de la sonrisa) la estabilidad no tiene por qué significar permanencia, como debería dejar claro la observación de una lanzadora de peso.

Cualquiera que haya observado cómo aprenden los niños acerca del mundo que les rodea ha visto un esquema en marcha. Recuerdo un día que mi sobrinita señaló un reloj con un dibujo esquemático de la cara de un búho. «Búho», pronunció ufana. Me sorprendió que fuera capaz de reconocer una representación tan simple a partir de los detallados dibujos de estas aves nocturnas que había visto en sus libros de cuentos. Pero había interiorizado un esquema que le permitía reconocer un búho sobre la base de una información mínima. Beverly Fagot y colaboradores estudiaron los esquemas de género en niños desde 1,75 a 3,25 años. Daban a los niños una «tarea de género» consistente en clasificar correctamente imágenes de adultos y niños como «mamá», «papá», «chico» o «chica». Los niños más pequeños (en torno a los dos años de edad) no pasaban la prueba, lo que parecía indicar que no tenían un concepto de género operativo. Pero con dos años y medio ya eran capaces de clasificar correctamente a adultos y niños. Además, los niños que habían adquirido dicho esquema chico-chica se comportaban de manera distinta. Por ejemplo, los niños mayores preferían formar grupos de juego unisexuales, y las niñas que pasaban la prueba eran menos agresivas.[62]

Fagot y Leinbach observaron también la conducta de bebés de un año y medio en casa. A esta edad ni pasaban el test de reconocimiento de género ni practicaban juegos sexistas. A los 2,25 años, la mitad de los bebés ya era capaz de distinguir entre niños y niñas, y la otra mitad no. Entre ambos grupos había dos diferencias. En primer lugar, «los padres de los bebés adelantados daban más respuestas positivas y negativas a los juegos con juguetes sexistas» y, en segundo lugar, «los adelantados exhibían un comportamiento más acorde a los estereotipos sexuales tradicionales que los otros».[63] Hacia los 4 años, ambos grupos no diferían en su preferencia por los juegos sexualmente estereotipados. Aun así, los adelantados seguían teniendo un mayor discernimiento de los estereotipos sexuales. Fagot y colaboradores concluyeron que «la construcción de un esquema de género refleja las dimensiones comportamental, cognitiva y afectiva del entorno familiar».[64]

De niña solía ir a la escuela primaria en bicicleta, meditando mientras recorría el paisaje suburbano neoyorquino. Durante un tiempo me absorbió un problema en particular. Sabía que los chicos tenían el pelo corto, las chicas lo tenían largo, y los bebés nacían calvos. Me preguntaba de dónde sacaban los adultos su asombroso poder para determinar de

inmediato el sexo de un recién nacido. Sabía lo de los genitales, por supuesto. Tenía un hermano mayor, y nos bañábamos juntos hasta que tuve cuatro o cinco años. Ocasionalmente también había visto a mi padre desnudo. Pero nunca conecté esta información con mi confusión acerca del sexo de los recién nacidos. Hasta que un día, cuando tenía unos diez años, de vuelta a casa en mi bicicleta, súbitamente la respuesta irrumpió en mi cabeza: «Claro, *así* es como lo saben», pensé. Cuando vuelvo la vista atrás, a través del visillo de la teoría feminista, me doy cuenta de que el género estuvo claro en mi horizonte muchos años antes de que el sexo se hiciera visible.[65]

Mi confusión no era única, es sólo que tardé un poco en resolverla. Al menos en Norteamérica, los niños pequeños parecen basar su primer esquema de género rudimentario en marcadores culturales del género y no en su conocimiento de las diferencias genitales. En un estudio, la psicóloga Sandra Bem mostró a niños de 3, 4 y 5 años fotografías de niños o niñas desnudos y luego de los mismos niños o niñas vestidos de tales. Los niños de menos de tres años tenían dificultades para clasificar un cuerpo infantil desnudo como masculino o femenino, pero eran capaces de clasificar los niños vestidos valiéndose de indicadores sociales como la indumentaria o el corte de pelo.[66] Cerca del 40 por ciento de los niños de 3, 4 y 5 años eran capaces de identificar el sexo de todas las fotos una vez tenían conocimiento de los genitales. El resto aún no había adquirido la noción de constancia del sexo (esto es, se valían de indicadores genéricos como el peinado o la vestimenta para decidir quién era niño y quién niña). Esto también significaba que algunos de estos niños creían que podían pasarse al sexo opuesto con sólo cambiar la vestimenta. Su propia identidad de género aún no estaba fijada.

La comprensión infantil de la constancia anatómica no parecía afectar a las preferencias en materia de roles sexuales. De hecho, el esquema de género temprano se demostró crítico. «Primero los niños aprendían a etiquetar los sexos, y sólo más tarde mostraban preferencias marcadas por juguetes o compañeros de su sexo y discernimiento de las diferencias sexuales en juegos y vestimenta». Aunque los niños no necesitaran la noción de estabilidad del sexo para adquirir preferencias sexualmente estereotipadas, este conocimiento reforzaba dichas preferencias. Podría ser que «los niños que pueden reconocer los sexos pero no entienden la estabilidad anatómica aún no estén seguros de que siempre pertenecerán al mismo grupo genérico».[67] En consonancia con las observaciones anteriores, los niños mayores (entre 6 y 10 años) exhiben preferencias más estereotipadas que los menores. Cosa no sorprendente, primero aprenden a asociar las características relevantes para su propio sexo y sólo más tarde estabilizan sus expectativas respecto del otro sexo (véase la figura 9.3).[68]



## De los individuos a las instituciones y vuelta a empezar

Para cuando los niños dominan la escena social de la escuela, saben que son o niño o niña, y esperan seguir siéndolo. ¿Cómo «hacen género» los escolares? En su importante estudio *Gender Play: Girls and Boys in School*, la socióloga Barrie Thorne construye un marco metodológico esencial para estudiar el comportamiento de los niños mayores. Thorne estaba cada vez más insatisfecha con los esquemas de la «socialización del género» y el «desarrollo del género» en los que se enmarcan los estudios del género en las vidas infantiles. Se queja de que las ideas tradicionales sobre la socialización del género presumen una interacción vertical del fuerte (el poderoso adulto) al débil (el niño como receptor pasivo) y que, aun concediendo cierta capacidad de acción a los niños, los sociólogos los han definido como meros receptores, cuerpos afectados por los adultos y la cultura circundante. Los adultos tienen «la categoría de actores sociales consumados», mientras que los niños son «incompletos, adultos en ciernes». Thorne argumenta que los sociólogos harían mejor en contemplar a los «niños no como la siguiente generación de adultos, sino como actores sociales en una variedad de instituciones». Por último, y lo más importante, los marcos tradicionales de la socialización del género se centran en el desenvolvimiento de los individuos. En su trabajo, Thorne prefirió partir de «la vida de grupo, con sus relaciones sociales, la organización y significado de situaciones sociales, las prácticas colectivas a través de las cuales niños y adultos crean y recrean el género en sus interacciones diarias»; esto es, un sistema y su proceso.[69]

Al centrarse en la generación de significado por el contexto social y la práctica diaria, tanto de niños como de adultos, Thorne se aparta de la cuestión «¿son diferentes los niños de las niñas?» y se pregunta cómo los niños crean activamente y desafían las estructuras y significados de género.[70] Nos exhorta a descomponer el género en un complejo de conceptos relativos tanto al individuo como a la estructura social. Además, resalta la importancia de comprender que «las relaciones entre géneros no son fijas ... sino que varían según el contexto» (lo que incluye la raza, la clase y la etnia). Como feminista, la meta de Thorne es promover la equidad en la educación y más allá. Piensa que su enfoque del estudio de

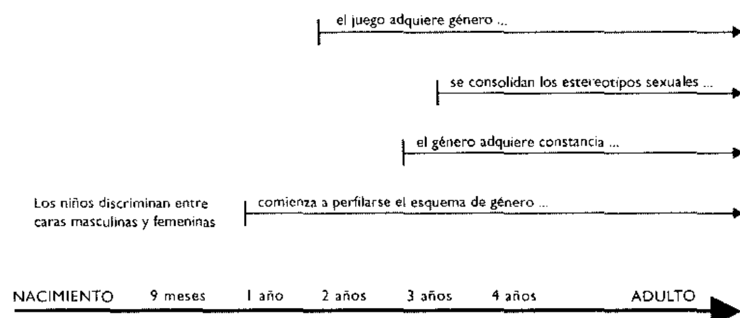



FIGURA 9.3: Etapas del desarrollo de la especificidad genérica. (Fuente: Erica Warp, para la autora)

los niños y niñas puede contribuir a tal fin. En la misma línea, la psicóloga Cynthia García-Coll y colaboradores proponen integrar los estudios del género en los niños con los de la raza, la etnia y la clase social.[71]

Los teóricos de los sistemas dinámicos como Alan Fogel sugieren de qué manera el género pasa del exterior al interior del cuerpo, mientras que las psicólogas evolutivas y sociólogas feministas como Thorne, Fagot, Bem, García-Coll y otras muestran de qué manera el género institucional, además de atributos como la raza y la clase social, se integraría en un sistema de comportamiento individual. Ciertamente, el género está representado tanto en los individuos como en las instituciones sociales. La socióloga Judith Lorber ha ofrecido una guía europeo-norteamericana para tales distinciones (véase la tabla 9.1). La componente institucional del género incide en la componente individual, y los individuos interpretan la fisiología sexual en el contexto del género institucional e individual. El yo sexual subjetivo siempre emerge en este sistema genérico complejo. Lorber argumenta (y estoy de acuerdo) que «como institución social, el género es un proceso de creación de condiciones sociales distinguibles para la asignación de derechos y responsabilidades ... Como *proceso*, el género crea las diferencias sociales que definen a la "mujer" y el "hombre" ... Las pautas de interacción dependientes del género adquieren estratos adicionales de comportamiento sexual, parental y laboral en la infancia, la adolescencia y la edad adulta».[72] Así pues, Lorber, como otras sociólogas y psicólogas feministas,[73] subraya que la cuestión de nuestro yo subjetivo no tiene que ver «sólo» con la psicología y la fisiología humanas, sino que los individuos



sexuados están inmersos en instituciones sociales profundamente marcadas por una variedad de desigualdades de poder.[74]

Aunque Lorber correlaciona el género institucional con el individual, su objetivo no es mostrar cómo lo individual se empapa físicamente de lo institucional. Pero el trabajo de sociólogos e historiadores puede proporcionar guías útiles para la investigación futura.[75] Considérese la obra de sociólogos como Kinsey y otros que han seguido sus pasos. Encuestar a la población para saber más sobre la sexualidad humana es un asunto espinoso. Por un lado, las encuestas nos proporcionan una información sobre el género y la sexualidad que puede ser de gran importancia para cuestiones políticas que van desde la pobreza hasta la salud pública.[76] Por otro lado, cuando creamos las categorías que nos permiten contar, también creamos nuevos tipos humanos.[77]

Consideremos una pregunta aparentemente simple: ¿Cuántos homosexuales de ambos sexos hay en Estados Unidos? Para responderla, primero tenemos que decidir quién es homosexual y quién es heterosexual. ¿Debemos basar nuestra decisión en la identidad? Si es así, sólo contaríamos como homosexuales a quienes se digan a sí mismos «soy homosexual». ¿O deberíamos contar también a aquellos varones que se consideran plenamente heterosexuales, pero que una o dos veces al año se emborrachan, van a un bar de ambiente y se relacionan carnalmente con varios hombres, después de lo cual alegan que, al quedar sobradamente satisfecha su ansia de tales prácticas sexuales con esos encuentros esporádicos, no ven la necesidad de contárselo a sus esposas o aplicarse la etiqueta de «homosexual»?[78] ¿Deberíamos crear una categoría separada para los bisexuales, y cómo deberíamos definir al bisexual auténtico?[79] ¿Es bisexual un varón que en su adolescencia experimentó una o dos veces con otro varón, pero que desde entonces sólo se ha relacionado sexualmente con mujeres? ¿Son bisexuales los que ejercen de homosexuales en prisión, pero no en la calle?[80]

Las respuestas dadas por los sociólogos a estas preguntas crean las categorías por las que organizamos la experiencia sexual. A medida que los sociólogos crean información «objetiva» sobre la sexualidad humana, proporcionan categorías individualmente útiles. El «Kinsey 6», por ejemplo, ha pasado a formar parte de la cultura nacional y contribuye a la estructuración de la psique de algunos individuos, mientras que el varón que se emborracha y se entrega a la homosexualidad una vez al año no tiene por qué conceptualizarse a sí mismo como homosexual porque no tiene una «preferencia» o una «orientación» hacia los hombres.[81] Con esto no pretendo sugerir que los sociólogos no deberían dedicarse a

TABLA 9.1: *Subdivisión del género de Lorber*

| COMO INSTITUCIÓN SOCIAL, EL GÉNERO SE COMPONE DE: | A TÍTULO INDIVIDUAL, EL GÉNERO SECOMPONE DE: |
|---|---|
| *Categorías genéricas:* géneros socialmente reconocidos y expectativas comportamentales, gestuales, lingüísticas, emocionales y físicas | *Categoría sexual:* asignada prenatalmente, al nacer o tras reconstrucción quirúrgica |
| *División sexual del trabajo* | *Identidad de género:* sentido individual del propio género en los ámbitos laboral y familiar |
| *Parentesco:* derechos y responsabilidades familiares de cada categoría genérica | *Categoría marital y procreadora:* cumplimiento o incumplimiento del emparejamiento, concepción, crianza y/o roles de parentesco permitidos o no permitidos |
| *Guiones sexuales:* pautas normativas de deseo y conducta sexuales prescritas para cada categoría genérica | *Orientación sexual:* deseos, sentimientos, prácticas e identificaciones sexuales social e individualmente configuradas |
| *Personalidades:* combinaciones de rasgos prefiguradas por las normas de conducta para cada categoría genérica | *Personalidad:* pautas internalizadas de emociones socialmente normativas, organizadas por la estructura familiar y la progenitura |
| *Control social:* aprobación y gratificación formal e informal del comportamiento conforme, y estigmatización y medicalización del comportamiento inconforme | *Procesos genéricos:* «hacer género», las prácticas sociales de aprendizaje y escenificación de comportamientos apropiados, esto es, desarrollo de una identidad de género |
| *Ideología:* justificación de las categorías genéricas, a menudo con argumentos sobre diferencias naturales (biológicas) | *Creencias:* incorporación de, o resistencia a, la ideología de género |
| *Imaginería:* representaciones culturales del género en el lenguaje simbólico y las producciones artísticas | *Presentación:* manifestación del propio género a través de vestidos, cosméticos, adornos y marcadores corporales permanentes y reversibles |

*Fuente:* adaptado de Lorber 1994, pp. 30-31.



hacer encuestas. De hecho, la información que generan tiene gran importancia. Pero deberíamos tener siempre presente que las encuestas incorporan necesariamente las ideas pasadas sobre el género y la sexualidad, a la vez que crean nuevas categorías abocadas a soportar una carga institucional e individual.

Los historiadores también contribuyen tanto a la estructura como a la comprensión del género institucional e individual. El psicólogo George Elder, Jr., escribe: «Las vidas humanas están socialmente inmersas en tiempos históricos y lugares específicos que conforman su contenido, pauta y dirección ... Los distintos tipos de cambio histórico son experimentados de manera diferente por personas de distintas edades y roles».[82] El historiador Jeffrey Weeks ha aplicado esta idea al estudio de la sexualidad humana y ha distinguido cinco aspectos de la producción social de sistemas de expresión sexual.[83] Los sistemas de *parentesco y familia* y los *cambios económicos y sociales* (como la urbanización, la creciente independencia económica femenina y el desarrollo de una economía de consumo)[84] organizan y contribuyen a las formas cambiantes de la expresión sexual humana, igual que los nuevos tipos de *reglamento social*, que puede expresarse a través de la religión o de la ley. Lo que Weeks llama *el momento político*, es decir, «el contexto político en el que se toman las decisiones (legislar o no, perseguir o ignorar) puede ser importante a la hora de promover cambios en el régimen sexual» y suponer también una contribución profunda a la expresión sexual individual.[85] Finalmente, Weeks invoca lo que llama *culturas de resistencia*. Stonewall, por ejemplo, la sede de la fundación simbólica del movimiento por los derechos de los homosexuales, después de todo no era más que un bar donde los gays se reunían con propósitos sociales más que políticos. Aunque, al final, los homosexuales autoidentificados recurrieron a medios políticos convencionales (voto, grupos de presión y comités de acción política) la existencia previa de espacios privados que propiciaron el desarrollo de una subcultura gay permitió tales actividades al hacer visibles las alianzas potenciales para demandar un cambio político, a la vez que modificaba la encarnación individual de lo que vino a conocerse como la sexualidad gay.[86]

Comprender la historia de la tecnología también es clave para entender la encarnación individual de los sistemas de género contemporáneos. Piénsese, por ejemplo, en la categoría transexual. En el siglo XIX no había transexuales. Sí había hombres que pasaban por mujeres, y viceversa.[87] Pero el transexual moderno, una persona que recurre a las hormonas y la cirugía para transformar sus genitales de nacimiento, no po-

dría haber existido sin la requerida técnica médica.[88] El transexual surgió como una identidad o tipo humano cuando, a cambio del reconocimiento médico y el acceso a las hormonas y la cirugía, los transexuales convencieron a sus médicos de que se habían convertido en los miembros más estereotipados de su sexo adoptivo.[89] Sólo entonces los facultativos consentirían en crear una categoría médica a la que podían acogerse los transexuales para obtener tratamiento quirúrgico.

### Muñecas rusas

¿Hay alguna manera fácil de visualizar el proceso bifacial que conecta la producción de conocimiento sexual del cuerpo en una cara con la materialización del género dentro del cuerpo en la otra?[90] Aunque no hay metáfora perfecta, las muñecas rusas siempre me han fascinado. Al abrir cada muñeca exterior, siempre aguardo expectante a ver si dentro hay una aún más pequeña. A medida que las muñecas se reducen de tamaño, me maravilla la delicadeza de la artesanía. Pero exponerlas es un dilema. ¿Debería separarlas y alinearlas en una serie decreciente? Esta presentación es atractiva, porque muestra cada componente de la muñeca más grande, pero insatisfactoria, porque cada muñeca individual, aunque visible, está hueca. La complejidad del anidamiento se pierde y, con ella, el placer, la maestría y la belleza de la estructura ensamblada. La comprensión del sistema de muñecas anidadas no surge de la contemplación de cada muñeca por separado, sino del proceso de montarlas y desmontarlas.

Las muñecas rusas me parecen útiles para visualizar las diversas capas de la sexualidad humana, desde la celular hasta la social e histórica (figura 9.4).[91] Los académicos pueden desmontar el sistema para exponerlo o estudiar una muñeca con más detalle. Pero cada muñeca individual está hueca. Sólo el conjunto entero tiene sentido. A diferencia de su contrapartida en madera, la muñeca rusa humana cambia de forma con el tiempo. El cambio puede darse en cualquiera de las capas, pero, puesto que el conjunto entero tiene que encajar, la alteración de un componente requiere modificar el sistema interconectado, desde el nivel celular hasta el institucional.

Si los historiadores sociales y comparativos escriben sobre el pasado para ayudarnos a comprender por qué enmarcamos el presente de maneras particulares (la muñeca más externa), los analistas de la cultura popular, críticos literarios, antropólogos y algunos sociólogos nos hablan



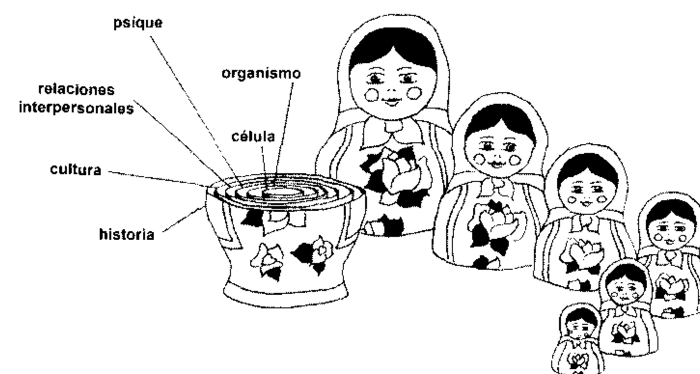



FIGURA 9.4: El organismo representado por un sistema de muñecas rusas. (Fuente: Erica Warp, para la autora)

de la cultura contemporánea (la segunda muñeca más grande). Analizan nuestros comportamientos colectivos, reflexionan sobre la interacción entre individuos e instituciones, y hacen la crónica del cambio social. Otros sociólogos y psicólogos piensan en las relaciones individuales y el desarrollo del individuo (la tercera muñeca), mientras que algunos psicólogos se ocupan de la mente y la psique (la cuarta muñeca). Como centro (o, si se prefiere, actividad) que vincula los eventos externos al organismo con los internos (la segunda muñeca más pequeña),[92] la mente cumple una función importante y peculiar. El cerebro es un órgano clave en la transferencia de información de fuera a dentro del cuerpo y al revés, y una variedad de neurólogos intenta no sólo comprender cómo funciona el cerebro en calidad de órgano integrado, sino cómo funcionan sus células individuales. De hecho, las células constituyen la última y más pequeña de nuestras muñecas.[93] En los diferentes órganos, las células se especializan en una variedad de funciones. También funcionan como sistemas, porque su historia y su entorno inmediato inducen señales para que genes particulares contribuyan (o no) a las actividades celulares.

La adopción de las muñecas rusas como marco intelectual sugiere que la historia, la cultura, las relaciones, la psique, el organismo y la célula son localizaciones apropiadas a partir de las cuales estudiar la adquisición y los significados de la sexualidad y el género. La teoría de sistemas ontogénicos, se aplique al conjunto o a sus subunidades, pro-

porciona el andamio para la reflexión y la experimentación. Ensamblar las muñecas menores en una única muñeca grande requiere la integración de conocimientos derivados de niveles muy diferentes de organización biológica y social. La célula, el individuo, los grupos de individuos organizados en familias, los grupos de iguales, las culturas y las naciones y sus historias son fuentes de conocimiento sobre la sexualidad humana. No podremos comprenderla bien a menos que consideremos todos estos componentes. Para llevar a cabo esta tarea, los estudiosos harían bien en trabajar en grupos interdisciplinarios. Y aunque no es razonable, por ejemplo, pedir a los biólogos que adquieran competencia en teoría feminista, ni a las pensadoras feministas que adquieran competencia en biología celular, sí es razonable pedir a cada grupo de estudiosos que entienda las limitaciones del conocimiento procedente de una sola disciplina. Sólo equipos no jerárquicos, pluridisciplinarios, pueden fraguar un conocimiento más completo (o, como dice Sandra Harding, «menos falso»)[94] de la sexualidad humana.

No tengo la ingenua esperanza de que mañana todo el mundo corra a formar equipos interdisciplinarios y se ponga a revisar sus sistemas de creencias sobre la naturaleza del conocimiento científico. Pero las controversias públicas sobre las diferencias sexuales y la sexualidad continuarán encendiéndose. ¿Pueden cambiar los homosexuales? ¿Hemos nacido así? ¿Pueden las jóvenes ser competentes en las matemáticas de alto nivel y las ciencias físicas? Ahí donde éstos u otros dilemas relacionados afloren a la superficie, espero que los lectores y lectoras puedan volver a este libro para encontrar maneras nuevas y mejores de conceptualizar los problemas en cuestión.

La pensadora feminista Donna Haraway ha escrito que la biología es política por otros medios.[95] Este libro ofrece una argumentación ampliada de la verdad de dicha afirmación. Estoy segura de que continuaremos defendiendo nuestras políticas con argumentos biológicos. Quisiera que, en el proceso, nunca perdiéramos de vista el hecho de que nuestros debates sobre la biología del cuerpo siempre son debates simultáneamente morales, éticos y políticos sobre la igualdad política y social y las posibilidades de cambio. Nada menos es lo que está en juego.

# Notas

## Capítulo 1: Duelo a los dualismos

1. Hanley 1983.
2. Mi descripción de estos hechos se basa en las siguientes referencias: de la Chapelle 1986; Simpson 1986; Carlson 1991; Anderson 1992; Grady 1992; Le Fanu 1992; Vines 1992; Wavell y Alderson 1992.
3. Citado en Carlson 1991, p. 27.
4. Ibíd. La denominación técnica de la condición de Patiño es síndrome de insensibilidad a los andrógenos. Es una de varias condiciones que dan lugar a cuerpos con mezcla de partes masculinas y femeninas. Son lo que hoy llamamos *intersexos*.
5. Citado en Vines 1992, p. 41.
6. Ibíd., p. 42.
7. La contradicción fue un escollo para el atletismo femenino a todos los niveles. Véase, por ejemplo, Verbrugge 1997.
8. Los juegos olímpicos especialmente, y el deporte femenino en general, han generado toda suerte de diferencias de género en el contexto de su práctica. La exclusión de las mujeres de ciertas pruebas o la promulgación de reglas distintas para las pruebas masculinas y femeninas son ejemplos obvios. Para una discusión detallada sobre género y deporte, véase Cahn 1994. Para otros ejemplos de la contribución del género mismo a la construcción de cuerpos masculinos y femeninos diferentes en el deporte véase Lorber 1993 y Zita 1992.
9. Money y Ehrhardt definen «rol de género» como «todo lo que una persona dice y hace para indicar a los otros o a sí misma el grado en que es masculina, femenina o ambivalente». Definen «identidad de género» como «la monotonía, unidad y persistencia de la propia individualidad como masculina, femenina o ambivalente ... La identidad de género es la experiencia privada del rol de género, y el rol de género es la experiencia pública de la identidad de género» (Money y Ehrhardt 1972, p. 4). Para una discusión de la distinción entre «sexo» y «género» de Money véase Hausman 1995.